

## Encuentro Ecuménico de Oración por Chile y su nuevo Gobierno

*Homilía del Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, Arzobispo de Santiago*

*Catedral Metropolitana de Santiago, 12 de marzo de 2006*

*Lectura: 1 R 3, 4ss*

*Evangelio: Lc 10, 25-37*

**1.** Ante la responsabilidad de gobernar el Pueblo de Dios como sucesor de David, que había guiado a los israelitas con su ejemplo, sus decisiones y su talento poético y musical, también Salomón al inicio de su reinado recurrió al Señor. Con alegría escuchó sus palabras: "Pídeme lo que haya de darte". Recordando la benevolencia de Dios y evocando a su padre, que era apreciado como un varón "según el corazón de Dios", que caminaba en su presencia "con lealtad, justicia y rectitud de corazón", Salomón no le pidió honores ni riquezas; tampoco otra cosa en provecho de sí mismo, sino algo en bien del pueblo: "sabiduría e inteligencia para saber juzgar", para discernir entre el bien y el mal.

Agradó al Señor esta súplica de Salomón. Le concedió un corazón sabio e inteligente para atender a la justicia, y le prometió largos días si caminaba por las sendas de Dios, guardando sus preceptos y mandamientos. Con estas palabras le recordaba los caminos que conducen a la vida, el bien y la felicidad, y que protegen la suerte de los más débiles, librándolos de las injusticias con las que pueden herirlos los poderosos.

Salomón le pidió que su corazón se inclinara al servicio de las personas que Dios le confiaba, y no al servicio de sí mismo. Ésta es la disyuntiva de quienes reciben autoridad para cumplir con sus tareas. Hay quienes abusan de ella, y la utilizan con prepotencia en beneficio de los suyos y de lo propio. Pero en nuestra historia son muchos los que reconocieron en los votos recibidos un mandato que no podían defraudar, y optaron por no buscar nada para sí, y por desvivirse en el servicio público.

De corazón le deseamos a la Presidenta de Chile al inicio de su gobierno que Dios conceda a todos sus colaboradores que gocen del respeto y la gratitud de los chilenos, respondiendo a la confianza recibida de ellos, ya sea que trabajen en labores de gobierno o busquen el bien del país desde la oposición. Ese aprecio lo ganarán precisamente por el hecho de sobresalir en la búsqueda de soluciones con la honestidad, la capacidad de ponerse en el lugar de los otros, la prontitud y el espíritu visionario de quienes sólo quieren trabajar en favor de los demás. Que se prolongue en ellos el espíritu de Jesucristo, quien no vino "a ser servido, sino a servir". Es lo que pide en esta hermosa mañana nuestra oración.

**2.** Hemos escuchado la parábola del buen samaritano. Conviene recordarla en esta hora solemne. Con ella Cristo dio respuesta a una interrogante fundamental para la convivencia humana. ¿Quién es el prójimo al cual hemos de amar como a nosotros mismos?, ¿quiénes son nuestros próximos?

No sabemos las razones por las cuales los dos primeros viajeros no se acercaron a ese pobre hombre que había sido asaltado y golpeado, y había quedado desnudo y medio muerto al borde del camino. Lo vieron ensangrentado y dieron un rodeo, negándole su calidad de prójimo. Cuando el samaritano llegó junto a él, tuvo compasión. Se acercó, le vendó las heridas, lo montó sobre su propia cabalgadura, y lo llevó personalmente a una posada, cuidándolo y cancelando los gastos de quien ya no tenía nada que dar. ¡Qué admirable manera de restituirle su dignidad a ese hombre que había sido malherido! Jesucristo concluyó, enseñándonos que nunca

debemos preguntar "quién es mi próximo". Al decir: "¡Haz tú otro tanto!" subrayó una verdad constitutiva de toda convivencia: "mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar" a sanar y a ponerse de pié, recobrando la experiencia de su dignidad.

Cada uno de nosotros desde su propia responsabilidad, y sobre todo quienes tienen autoridad y poder, tenemos el deber de ser cercanos, próximos, sobre todo a los más débiles, a los afligidos, a los que no son libres de adicciones, o no tienen ni suficientes recursos, ni trabajo, ni familia, ni reconocimiento, ni autoestima, ni seguridad, ni educación, ni salud, ni libertad. Queremos colaborar con ellos para que sanen sus heridas, experimenten cuán valiosos e irremplazables son, desplieguen su corresponsabilidad, y gocen de las oportunidades y los beneficios que ofrece la sociedad.

Por eso imploramos para quienes han sido elegidos para regir durante los próximos años los destinos de nuestra patria, lo que ellos más desean: un corazón realmente justo, sabio, responsable y compasivo, que haga presente la predilección de Dios, nuestro Padre, por los pobres y desamparados.

**3.** Evocar la paternidad de Dios nos pide reflexionar sobre la paternidad y la maternidad en la sociedad, e implica un compromiso fuerte con ese modelo de colaboración paritaria entre el varón y la mujer -afectuosa a la vez que recíproca y fecunda-, que es la familia, fuente y santuario de la vida.

Ambos de igual dignidad, creados a imagen y semejanza de Dios, son capaces de reflejar en la tierra la comunión trinitaria con la ayuda de nuestro Señor. Se trata de una colaboración gratificante y abnegada en bien de los hijos y de la Comunidad en el espacio de la familia, que se prolonga en incontables funciones y trabajos en bien de la sociedad y así del mismo hogar.

Por múltiples razones puede ocurrir, y de hecho ocurre, que muchos esposos tomen distancia de su compromiso de enriquecer a la sociedad con el fruto de su amor, sus hijos. En muchos países desarrollados ocurre así el ocaso del valor de la maternidad y la paternidad; también de ese maravilloso regalo de la mujer a la sociedad que son los hijos que ella rodea de cariño y esperanza. Con el descenso de la natalidad se envejecen los países, pierden buena parte de su alegría, con los años se desvanece su identidad cultural porque necesitan inmigraciones masivas, y entra en crisis la seguridad social. No logran paliar las consecuencias de su error si no reaccionan a tiempo, enalteciendo la maternidad y la paternidad, biológica a la vez que espiritual, y apoyando a los hogares cuando crece el número de los hijos.

Las nuevas autoridades del país, alertadas por el último censo, y prestando el valioso servicio que quieren ofrecerle a la mujer y a la familia, tienen la gran oportunidad de alentar un cambio en esta situación. La sabiduría necesaria para ello, se la pedimos a Dios.

**4.** Pero recordar la paternidad de Dios también es detenerse con asombro ante el don maravilloso de la vida, sobre todo de la vida humana. Es obra de sus manos. Y tanto le importa la vida de cada uno de nosotros que quiere apartar de ella la esclavitud, la miseria, la desesperanza, la ignorancia y cuanto pueda destruirla. Es tan grande su valor, que nos enseñó los caminos que conducen a la felicidad y al bien, y nos invitó a trabajar con Él, como aliados y colaboradores suyos. Por darnos vida, y vida en abundancia, entregó su vida mortal nuestro Señor Jesucristo, y para colaborar con Él nació su Santa Madre, María - dos amores que pertenecen al patrimonio de la fe de gran parte de nuestro pueblo.

Sabiendo que el derecho a la vida es el fundamento de todos los derechos

humanos, y conociendo su inapreciable valor, ¿podríamos despreciar una vida? ¿Podríamos impedirle nacer? ¿Podríamos troncharla cuando es indefensa? ¿Podríamos cerrarle los caminos a su mejor realización? ¿Podríamos dejarla en la postración del hambre, la enfermedad y la miseria? ¿Tenemos el derecho a calificar unas vidas de valiosas y otras de inservibles? ¿Podríamos desentendernos de algunas vidas y aun maltratarlas, como si unas fueran respetables y otras no lo fueran? La historia del siglo XX es, entre otras cosas, un doloroso documental de las injusticias terribles que provocaron tales discriminaciones.

Con confianza le pedimos a Dios que nuestros gobernantes y legisladores protejan siempre el don sagrado de la vida, y que todos sepamos apreciar debidamente cada existencia humana, también cuando está enferma, desvalida o indefensa, de manera que toda vida humana sea deseada y amada, sea recibida en una sociedad acogedora y en un hogar rico en valores, y cuente con todo lo que necesita para su desarrollo y para apoyar a los demás.

**5.** El proyecto de Dios siempre se encamina a la reconciliación y la paz; hacia una paz que se construye sobre la verdad, que es obra de la justicia, que supone el perdón y que florece en virtud de la benevolencia y la generosidad. Somos buscadores de la verdad que nos hace libres, y de la paz que nos confiere felicidad. Es más, por nuestra fe sabemos que Cristo rompió el muro de la separación, la enemistad, y selló una alianza de paz. San Pablo proclamó que "Él es nuestra paz" . Son palabras que nos emocionan y comprometen profundamente. Queremos construir la paz.

Queremos cimentarla en nuestra sociedad sobre la base de los derechos humanos; de todos ellos. Pero no basta con reclamar derechos para sí. Quien se contente con ello, forjará la sociedad del egoísmo. Debemos reclamar preferentemente los derechos de los más débiles. Por otra parte, está bien pedir el respeto a los derechos, con tal que cumplamos los deberes que son inseparables de nuestra vocación social y le dan fecundidad. Y aún eso no basta. Los derechos emanan de la naturaleza del ser humano, de su dignidad específica como persona, ciudadano e hijo de Dios. Cada uno es mucho más que un atado de derechos. Es un ser maravilloso, en quien podemos descubrir su verdad, su misterio, su belleza y sus potencialidades, y contemplar sus sueños, las aportaciones de su trabajo y sus desvelos por procurarles una vida más plena a sus hijos, a sus padres y a personas necesitadas.

Si en las culturas de nuestros días, selladas por un número creciente de derechos, no se descubriera y privilegiara la dimensión del asombro ante la grandeza de los demás, de la comprensión y la colaboración, iríamos por mal camino. Reclamar tan sólo lo propio le abre la puerta a la indiferencia y la indolencia, a la impotencia o la prepotencia, aun a la crueldad y, en último término, a la violencia y el odio. ¡Hermosa e imprescindible tarea para los objetivos transversales de toda enseñanza! Sólo si el ejemplo y la enseñanza van más allá de la toma de conciencia de los propios derechos, y abarcan también la capacidad de admirar y contemplar, de respetar y solidarizar, de servir, perdonar y amar, solo así, se le abre caminos a la paz.

**6.** Desplegar la grandeza de un país es desentrañar sus tesoros latentes. Es lo que más quiere un gobierno. No sólo los tesoros del mar y de la tierra, ni de la energía de la naturaleza. Lograr la grandeza de un país es, sobre todo, desplegar las incalculables riquezas que laten escondidas en su gente, la maravillosa potencialidad que encierran instituciones de bien público y privado, y el legado cultural de los pueblos que concurrieron a la gestación de la Patria. Pensemos en los pueblos originarios, con la riqueza, entre tantas otras, de su perseverancia, su

amor a la libertad, sus costumbres y su estabilidad familiar. Recordemos el legado cultural de España, y después de tantos otros grupos étnicos, que llegaron con esfuerzo a nuestra tierra y contribuyeron a enriquecer la enseñanza, la ciencia, el arte, la industria, el comercio, el deporte y otros campos de la actividad humana.

Valorar el trabajo y la responsabilidad por el bien de todos y por el medio ambiente, proponer metas nobles para la libertad y el progreso de la educación, ofrecer para ello atractivos incentivos, favorecer a quienes lo merecen por su esfuerzo y su trabajo y a los voluntarios que trabajan en incontables obras sociales que existen y surgirán entre nosotros, como también desarrollar la confianza cívica y el espíritu religioso, contribuye a la grandeza de un pueblo. En ese ambiente el ser humano puede desarrollar los talentos que Dios le dio al hacerlo libre, sociable y trabajador. Así pueden desplegarse con creatividad los talentos encerrados en esas culturas, como también en los santos, como el Padre Alberto Hurtado, en los hombres y mujeres con vocación política, en los filósofos y los investigadores, en los docentes y en los artistas, en los emprendedores de la pequeña, mediana y gran empresa y, como promesa para el hoy y el mañana, en aquella parte de la población que hasta el presente ha tenido menos oportunidades.

Nuestra alegría será compartida y verdadera si el uso de tanta libertad se encauza siempre, con generosas iniciativas y una buena legislación, a la solidaridad, procurando que cada uno tenga los medios y la confianza que requiere para vivir y trabajar conforme a su dignidad. El Señor del Universo puso en nuestras manos bienes más que suficientes para que todos sus hijos, sin excepciones, puedan vivir humana y fraternalmente.

Al Señor, a quien invocamos como Padre de todos nosotros, le pedimos el don de saber colaborar con Él y entre nosotros, para realizar estos sueños de nuestro pueblo, que son propuestas y proyectos de Dios.

**7.** La sabiduría que imploró el rey Salomón se encontró con un obstáculo que no logró superar. Enfrentó mal la pequeña globalización de su tiempo. Sucumbió ante ella, introduciendo en la cultura de su pueblo, en el ámbito de sus grandes valores y tradiciones, elementos contrarios a sus raíces, que lo alienaban y destruían. Ni siquiera mantuvo la atmósfera diáfana de la alianza con el Dios de sus padres, que era la mayor riqueza de Israel .

En medio de una globalización cultural que a muchos desconcierta, que nos estimula con notables conocimientos y valores, y que al mismo tiempo nos desafía con no pocos signos de decadencia, cuando nos encaminamos hacia la celebración del Bicentenario de nuestra Primera Junta de Gobierno, le pedimos a Dios el don de mantener vivos los grandes valores de nuestra cultura y de nuestras instituciones, el don de aprender de otras naciones cuanto en verdad, y no en apariencia, nos ayude a crecer conforme a nuestra tradición de honestidad, sobriedad, vida familiar y religiosidad, y el don de acrecentar el diálogo, la colaboración y la unidad con todas las naciones y los pueblos hermanos.

-----

Concluyo, ofreciendo a nombre de todas las confesiones religiosas que representamos nuestros mejores deseos a la primera Presidenta de Chile, a la Sra. Michelle Bachelet Jeria, y al Supremo Gobierno que encabeza, como también a los legisladores en los cuales el pueblo ha puesto su confianza.

De corazón les deseamos que puedan servir al país con la sabiduría que permite discernir y optar por el bien, sobre todo de los más pobres y desvalidos, con el valor necesario para consagrar sus mejores energías a todo lo que es justo,

verdadero y bueno, y con la colaboración de todos los chilenos en cuanto emprendan en bien de nuestra Patria.

Que en estos cuatro años Vuestra Excelencia tenga siempre la satisfacción de engrandecerla, valorando sus grandes tradiciones religiosas, y abriéndole caminos a la vida, la familia, los niños y los jóvenes, a la tercera edad y a los pobres, al progreso material y espiritual, a la confianza y la seguridad, a la enseñanza de calidad y a la creación de empleos, a la amistad con los pueblos hermanos y a la paz. Así se lo imploramos a Dios, Nuestro Señor.

**† Francisco Javier Errázuriz Ossa**  
**Cardenal Arzobispo de Santiago**